

NACIONALISMO Y PENSAMIENTO TIPOLÓGICO: UNA APROXIMACIÓN A LA ONTOLOGÍA SOCIAL NACIONALISTA

Manuel Toscano Méndez

Universidad de Málaga

No es poco el ruido y la confusión (además de la furia) que envuelve las discusiones sobre el nacionalismo. En este trabajo me gustaría llamar la atención sobre la ontología social que subyace a los discursos nacionalistas, así como sus riesgos. El nacionalismo no consiste simplemente en una marcada preferencia por lo 'local' o lo 'nuestro', ni puede definirse por la apelación a un supuesto derecho democrático «derecho de autodeterminación», pues cabe sospechar que la retórica nacionalista conlleva una gravosa ontología social que no deberíamos pasar por alto. El primer apartado del trabajo pretende poner de manifiesto el carácter complejo y multidimensional del fenómeno nacionalista, que no cabe reducir, por importante que sea, a un principio político de legitimidad. La segunda parte, con la ayuda de una distinción conceptual proveniente de la biología evolucionista, intenta iluminar cierta propensión nacionalista en la forma de representar la realidad social de las nacio-

nes así como la pertenencia de los individuos en la comunidad nacional. Se trata de un modo de contemplar los grupos e identidades nacionales que llega a contaminar en no pocas ocasiones el punto de vista de quienes estudian el nacionalismo, distorsionando tanto la comprensión teórica como la reflexión normativa al respecto. En el último epígrafe utilizo algunos ejemplos, preferentemente tomados de la política española, para confirmar esa pauta esencialista presente en el pensamiento nacionalista y, a modo de conclusión, sugiero la necesidad de tomar distancias frente a la ontología social nacionalista.

1. Nacionalismos y demandas nacionalistas.

Una más que notoria dificultad en los debates teóricos sobre el nacionalismo radica en lo que Clifford Geertz denominó hace más de treinta años «la irritante aureola de ambigüedad conceptual que rodea los términos 'nación', 'nacionalidad' y 'nacionalis-

mo¹¹, y que el notable incremento de la literatura sobre el tema de los últimos años no ha conseguido disipar. Por nacionalismo cabe entender cosas muy distintas, desde la defensa de la identidad cultural de un grupo minoritario hasta la agresiva política expansionista de un Estado. Así, es frecuente distinguir entre el nacionalismo de las minorías etnoculturales en el marco de un Estado más amplio y el nacionalismo del grupo dominante en el Estado, y dentro de cada uno de ellos a su vez cabe diferenciar una amplia gama de reivindicaciones y políticas, de acuerdo con la tipología esbozada por Kupchan¹²: en el primer caso, tales reivindicaciones pueden ir desde el reconocimiento del carácter diferenciado del grupo minoritario hasta la secesión; y, en el segundo, encontramos diferentes niveles de state-claiming o state-building, donde la identificación con el Estado compite con lealtades o vínculos alternativos, o bien deviene el principal foco de movilización y adhesión, y en último término de state-expanding, cuando el nacionalismo de estado alimenta reclamaciones territoriales o aspiraciones hegemónicas en sus relaciones internacionales.

¿Cabe encontrar un núcleo común a esa amplia variedad de políticas que llamamos nacionalistas? Una respuesta habitual es conceder al nacionalismo como un principio político de legitimidad, centrado sobre la relación de la nación y el Estado. Dicho principio consiste en la pretensión de que la unidad política y la unidad

nacional deben ser congruentes, o que el Estado y la nación están hechos el uno para el otro, son factibles si no hay correspondencia entre ellos¹³. Sin duda, no se puede entender el nacionalismo sin tomar en consideración que hace de la nación la comunidad política por excelencia, el eje fundamental de la configuración del espacio político y de la organización del poder. Pero si centramos la atención exclusivamente en ese punto obtenemos una visión parcial, por no decir engañosa, de las políticas y reivindicaciones nacionalistas. Por ejemplo, dejaríamos fuera de perspectiva buena parte de la retórica y de las actividades nacionalistas ligadas a la búsqueda de las raíces culturales y la promoción de sus señas de identidad (la lengua, el folklore, la historia, etc.), o les concederíamos un valor instrumental al servicio de fines puramente políticos. Aunque estos rasgos culturales sean utilizados para demostrar la existencia de una comunidad diferenciada y adquieran un significado político, no por ello deberíamos perder de vista el importante papel que juegan en el surgimiento y desarrollo de la conciencia nacionalista.

En sus estudios sobre los viejos nacionalismos de Europa Central y Oriental, Miroslav Hroch ha señalado tres etapas en el desarrollo de todo movimiento nacional¹⁴. Un período inicial, la fase A, en el que los pequeños núcleos de activistas, sobre todo intelectuales, se consagran a la investigación y difusión de los rasgos distintivos del grupo: lengua, historia, costum-

bres, arte, tradiciones populares, etc., sin que ello implique la articulación de un proyecto político para remediar las deficiencias de la existencia nacional. Esto corresponde a la segunda fase, cuando nuevas generaciones de activistas comprenden la agitación patriótica para despertar la conciencia nacional del grupo y encuentran una creciente audiencia a su proyecto político de nación. Este proceso culmina en la fase C, que no todo movimiento alcanza, cuando la identificación nacional se ha difundido ampliamente por las distintas clases sociales y genera un movimiento de masas, internamente diferenciado. En esta secuencia se advierte el papel fundamental que desempeñan en la génesis de los movimientos nacionalistas toda suerte de actividades literarias, investigaciones filológicas o historiográficas, el interés por el folklore o las tradiciones populares, que ofrecen los materiales con los que elaborar el carácter nacional del grupo y que constituyen el punto de partida del proceso de construcción nacional, pero que carecen de significación política en un primer momento.

En este modelo de desarrollo del movimiento nacional, Hroch combina tres grandes conjuntos de demandas, cuya prioridad relativa y cadencia temporal varían según los casos: 1) el pleno desarrollo de una cultura nacional, donde destaca la importancia concedida a la lengua local y su uso en la administración, la educación o la economía; 2) los derechos e instituciones notílicas para

asegurar el autogobierno nacional, ya sea bajo la forma de una administración autónoma dentro de un Estado mayor o bien de un Estado independiente; y 3) la creación de una estructura social completa dentro de la nación. De estos tres grandes grupos de demandas, que se corresponden con cada una de las etapas del modelo, sólo el segundo se refiere propiamente a la cuestión del autogobierno nacional, por lo que centrar sobre este punto el discurso nacionalista resulta excesivamente reduccionista y no da cuenta de la amplia variedad de reivindicaciones y objetivos que un movimiento nacionalista es capaz de perseguir.

En particular, podemos obtener una visión deformada de la propia política nacionalista si, de acuerdo con este principio de legitimidad, llegamos a creer que el pleno autogobierno, o la consecución de un estado propio, son el objetivo máximo o último de los nacionalistas. Pues cabría pensar que, una vez satisfecho este objetivo, por ejemplo si un movimiento nacionalista alcanza la independencia y logra crear su estado nacional, entonces ya no tendría ningún sentido seguir siendo nacionalista. Podríamos llegar a una situación postnacionalista a través del éxito del nacionalismo y del cumplimiento de sus objetivos. Pero no es eso precisamente lo que nos enseña la experiencia histórica de todo el siglo XX, desde la formación de nuevos estados europeos a finales de la Primera Guerra Mundial hasta los acontecimientos recientes en los Balcanes, pues no

permite albergar muchas esperanzas de que el nacionalismo desaparezca con el acceso a la estatalidad y la división del espacio político según líneas nacionales. Más bien cabe esperar la continuación, o incluso el incremento, del nacionalismo, con el impulso de políticas nacionalizadoras en el nuevo estado independiente. Aquí hay un defecto de perspectiva bastante habitual en los estudios sobre nacionalismo, por cuanto suelen centrar su atención en el nacionalismo como causa de la creación de nuevos estados y el cambio de fronteras, sin considerar el nacionalismo que viene después y que es consecuencia de tales cambios.

Rogers Brubaker ha demostrado que el nacionalismo no es sólo la causa, entre otros factores, de la disolución de los antiguos estados multinacionales, sino que también es el resultado de ese proceso y, bajo nuevas formas, sigue siendo ideológica y políticamente muy activo en los nuevos estados⁵. No parece una lección desdeñable el hecho de que, por dos veces en el siglo XX, el mapa político de Europa central y oriental haya sido masivamente reorganizado de acuerdo con criterios nacionales sin que ello haya supuesto la desaparición del nacionalismo o la solución de la cuestión nacional en la región. Si los trabajos de Brubaker representan un notable avance en la comprensión del nacionalismo se debe, entre otras razones, al análisis de de la reconfiguración de las tensiones nacionales producida tras la nacionalización del espacio político.

Lejos de solventar la cuestión nacional, asistimos a la emergencia de una compleja interacción entre tres nacionalismos antagónicos: por una parte, el nacionalismo nationalizing de los nuevos estados independientes; por otra, la minoría o minorías nacionales que han quedado dentro del nuevo estado; y, en tercer lugar, el nacionalismo transfronterizo de lo que llama "external national homeland", un estado vecino interesado políticamente por la suerte de esta minoría afin etnoculturalmente. Los conflictos balcánicos o las tensiones en los estados sucesores de la Unión Soviética pueden ser mejor analizados con este modelo triádico.

Si aceptamos el convincente análisis de Brubaker y lo combinamos con los tres grupos de demandas nacionalistas señaladas por Hroch, resulta fácil comprender que el autogobierno nacional, o la consecución de un estado propio, no es el punto final del nacionalismo. El nacionalismo se presenta siempre como una política destinada a remediar las deficiencias de la vida nacional y remover los obstáculos que impiden su plena realización. El discurso nacionalista, en consecuencia, puede ser contemplado como una serie de variaciones en torno al tema fundamental del lamento por una situación de debilidad, postración u opresión de la nación, y la exhortación a la defensa de sus intereses⁶. El autogobierno nacional es habitualmente entendido como el medio de corregir tales insuficiencias de la vida nacional, consideradas

como resultado de injusticias pasadas, y de preservar la nación frente a las supuestas amenazas que se ciernen sobre ella. La debilidad de la nación o la reparación de agravios pasados son razones esgrimidas por el nacionalismo que busca un estado propio, pero siguen siendo igualmente importantes una vez alcanzado éste. Después de la independencia puede ser necesario proteger la economía nacional, fomentar la cultura o el lenguaje propio, flogrando su predominio en las distintas esferas de la vida social, o completar la estructura social de la nación, de manera que no haya puestos y ocupaciones significativamente ocupados por no nacionales. Las posibles amenazas para la vida nacional pueden proceder de la existencia de minorías nacionales o de la inmigración, de influencias culturales extranjeras o de la débil implantación del lenguaje local, de las inversiones de capital internacional o del hecho de que una parte de los territorios o de la población nacional haya quedado bajo la jurisdicción de otro estado, lo que es sentido como una amputación del cuerpo nacional.

En todos estos casos se entiende hay una situación de debilidad, de injusticia o de riesgo para la nación que es necesario corregir o prevenir. En consecuencia, si hay un supuesto común a los discursos nacionalistas que dan cobertura ideológica y sentimental a esta amplia variedad de reivindicaciones y objetivos, seguramente consiste en la creencia en el valor de una vida nacional plenamente

desarrollada en todos los sentidos. Lo que bien puede traducirse por la significación moral, y no sólo política, de la nación. Por ello, contendría no centrar la discusión normativa en torno al nacionalismo sobre el principio del autogobierno nacional como condición de legitimidad política, por importante que ésta sea. El nacionalismo debería ser contemplado en términos más generales como una respuesta a la pregunta por el entorno social más adecuado para llevar una vida buena⁷. Si hay una premisa, más o menos implícita, en el discurso nacionalista es la tesis o la convicción de que la comunidad nacional constituye el marco necesario dentro del que sus miembros pueden llevar una vida buena, de manera que cualquier atentado o amenaza a la integridad de dicho contexto de vida supone un daño a quienes forman parte de la nación. Sin duda, este supuesto, que vincula estrechamente la identidad y el bienestar de los individuos a su grupo nacional de pertenencia, desempeña un papel crucial en la retórica nacionalista, cuya capacidad de persuasión depende en buena medida de su plausibilidad.

Es imprescindible introducir estos aspectos culturales o morales que versan sobre la pertenencia y la identidad para dar cuenta de los nacionalismos, tanto en el análisis teórico como en las discusiones normativas. Así lo hace, Michael Ignatieff en *Blood and Belonging*, donde define el nacionalismo como un ideal político, según el cual los pueblos del mun-

do están divididos en naciones y que cada una de esas naciones tiene una pretensión legítima al autogobierno o un derecho de autodeterminación. Pero, además, es un ideal cultural, según el cual la nación ofrece la forma de pertenencia e identificación más fundamental o prioritaria de hombres y mujeres⁹. También la justificación de la nacionalidad que propone David Miller habla de la nacionalidad como fundamento legítimo de las pretensiones de autogobierno, pero incorpora dos puntos más: primero, que la pertenencia nacional es significativa y relevante para la identidad de los individuos; y, segundo, que las comunidades nacionales trazan fronteras moralmente significativas en nuestro paisaje moral, esto es, crean lazos de solidaridad y expectativas normativas entre sus miembros⁹.

Nos interesa, por tanto, esta dimensión moral o cultural del nacionalismo, cuyo origen intelectual se remonta por lo menos hasta Herder y la *Contra-Ilustración*, según Isaiah Berlin, que se refiere a ella con la equívoca denominación de «populismo»¹⁰. Esta tesis pone el acento sobre la idea de pertenencia, sobre lo que representa ser miembro de una comunidad nacional, y el modo en que esta condición confiere significación y carácter a la vida del individuo en su conjunto. De modo que, entre las respuestas posibles a la pregunta de qué nos somos, sobresale la identificación nacional: soy francés, español, irlandés, flamenco, quebecois o catalán. En otras pa-

labras, la tesis concede un especial relieve a la identidad nacional dentro de nuestros vínculos e identificaciones, por ser la nación el contexto fundamental de la vida de las personas, el entorno social más completo y significativo.

No obstante su importancia, esta tesis resulta inevitablemente imprecisa en cuanto a su significación o sus consecuencias normativas. En el siguiente epígrafe vamos a intentar reconstruir el marco ontológico en que se encuadra este supuesto del discurso nacionalista, con ayuda de la distinción entre pensamiento tipológico y pensamiento poblacional, que fue acuñada por el biólogo Ernst Mayr para dar cuenta de ciertas discusiones en torno a la evolución de las especies y que puede ser trasladada con provecho a la filosofía social. Esa interpretación supone una versión fuerte de la tesis, hacia la que me parece que tienden generalmente los discursos nacionalistas, que pone en claro la ontología social subyacente a tales discursos.

Con todo, antes quisiera hacer una observación cautelosa, o plantear alguna reserva, sobre la dificultad de identificar las razones nacionalistas. Lo discutible no es que la reconstrucción de ciertas premisas o presupuestos de los discursos nacionalistas conlleve siempre una buena dosis de abstracción y simplificación necesaria, que nos alejan de los contextos políticos en los que tales discursos tienen lugar. El problema está en que cada nacionalista parece tener sus propias razones. de-

pendientes de su particular situación histórica y de circunstancias sociales, políticas o culturales extraordinariamente variadas. Dada la amplia variedad de la fauna nacionalista, el carácter local y la pretendida singularidad de sus reivindicaciones y circunstancias, o su extraordinaria capacidad de adaptación ideológica que le permite absorber toda clase de argumentos a derecha e izquierda, es legítimo dudar de que existan las razones nacionalistas en general. Resulta cuando menos complicado señalar un núcleo invariante y exclusivo en los discursos nacionalistas, es decir, un conjunto de tesis o argumentos compartidos por todos los nacionalistas y sólo por ellos. Se tiene la impresión de que entre ellos no existe más que un vago parecido de familia, por utilizar la imagen de Wittgenstein, pero nada semejante a una doctrina coherente.

El propio Herder, al que Berlin nos remite, es un ejemplo elocuente de esta dificultad, pues se le imputa a la vez la paternidad intelectual del nacionalismo y también del pluralismo cultural, lo que no deja de ser problemático. No cabe duda de que concebía la humanidad dividida en diferentes comunidades de cultura y valoraba la importancia de esas comunidades como el contexto vital de los individuos. Pero, si tomamos como referencia el ideal político de congruencia entre el Estado y la nación, entonces no es claro que Herder fuera un nacionalista en ese sentido. En cualquier caso, nuestro problema es considerar

los términos en los que podemos entender la tesis nacionalista, según la cual los hombres se distribuyen en grupos nacionales y estos definen la identidad de sus miembros.

2. Pensamiento tipológico y poblacional: a propósito de naciones e identidades nacionales.

¿Qué es el pensamiento tipológico y qué utilidad tiene para entender la tesis «populista» o nacionalista de la que venimos hablando? El contraste entre pensamiento tipológico y pensamiento poblacional (*Typological vs. Population thinking*) fue introducido por Ernst Mayr, uno de los grandes biólogos evolucionistas del siglo, para dar cuenta de lo que entendía como uno de los grandes méritos de la obra de Darwin. A su juicio, éste no sólo aportó un amplio conjunto de pruebas empíricas a favor de la evolución o propuso un mecanismo preciso del cambio evolutivo (la selección natural), sino que cambió de forma decisiva la perspectiva o el modo de pensar de los naturalistas. Hasta Darwin, el modo tradicional de contemplar el mundo consistía en reconocer, por debajo de la exuberante y prolija variabilidad natural, un número limitado de tipos o esencias fijas e inmutables. Dos puntos son especialmente dignos de reseñar a este respecto, según Mayr: primero, el pensamiento tipológico subraya la realidad de los tipos o esencias a costa de las apariencias de variabilidad; y, segundo, no existe continuidad en-

tre los tipos o especies, pues están perfectamente definidos y nitidamente separados, de forma que no hay posibilidad de evolución gradual entre las especies, como pensaba Darwin".

El mérito del autor de *El origen de las especies* fue reemplazar este modo de ver las cosas por lo que Mayr llama pensamiento poblacional, según el cual cada organismo presenta características singulares que afectan a sus posibilidades de supervivencia y adaptación, y que pueden ser heredadas por sus descendientes. Dos notas innovadoras conviene destacar aquí. En primer lugar, el pensamiento poblacional pasa a primer plano las variaciones individuales, de modo que las poblaciones formadas por los organismos individuales sólo pueden ser descritas colectivamente en términos puramente estadísticos. Además, tales poblaciones están sujetas a continuos cambios y variaciones, como los propios individuos que las componen, de modo que gradualmente pueden dar lugar a otras especies. Se trata, por tanto, de una completa inversión de la perspectiva esencialista: para ésta los tipos o las especies son reales y los individuos son lo que son en la medida en que encarnan sus rasgos típicos; para el poblacionista, por el contrario, sólo son reales los in-

dividuos, siendo el tipo un promedio estadístico, una abstracción obtenida a partir de una población sujeta a continuos cambios.

El propio Mayr ha señalado las grandes posibilidades que ofrece la aplicación al mundo humano de este cambio radical de perspectiva: «Otra poderosa ideología que quedó eliminada del estudio de la evolución humana a partir de 1859 fue el esencialismo. Había que aplicar también a los humanos el nuevo concepto darwiniano del pensamiento poblacionista, que insistía en el carácter único de cada individuo dentro de una población. Los antropólogos tardaron en hacerlo, pero cuando lo hicieron, la nueva orientación rindió excelentes resultados»¹².



Por volver a nuestro tema, si en lugar de especies hablamos de naciones, es evidente el interés de este contraste entre *p e n s a m i e n t o* poblacional y *p o b l a c i o n i s t a*. Si nos atenemos a algunas formulaciones del credo nacionalista, debemos reconocer una estrecha afinidad con el pensamiento tipológico. Así, Kedourie resumía el núcleo de la doctrina nacionalista del modo siguiente: 1) que la humanidad está naturalmente dividida en naciones; 2) que las naciones se distinguen por ciertas características objetivamente verificables; y 3) el autogobierno nacional como condición de legitimidad política¹³.

Como hemos dicho, no nos interesa este último principio de carácter normativo, sino las dos primeras afirmaciones que vendrían a reflejar la ontología social nacionalista. Ciertamente, caben muchas objeciones contra tales afirmaciones, como han puesto de manifiesto quienes señalan la moderación del fenómeno nacionalista: no hay nada natural en las naciones; las diferencias a las que apeñan los nacionalistas sólo resultan significativas en determinados contextos sociales, cuando no son deliberadamente manipuladas o inventadas; y la determinación de esos rasgos diferenciales es objeto de una casuística infinita y es inevitablemente parcial, selectiva y discutible.

Pero es innegable que los nacionalistas creen firmemente en la existencia de las naciones y que los hombres se agrupan por comunidades nacionales, a las que confieren un especial relieve y significación entre las variadas formas de agrupación humanas. Como decíamos, el nacionalista entiende que la nación ofrece el contexto social más adecuado para que sus miembros puedan desarrollar sus actividades y conducir sus vidas formas de asociación. Pero ahora nos importa señalar que esta ontología social nacionalista, apuntada por Kedourie, equivale a una perspectiva tipológica, pues viene a representar el mundo humano recordado en naciones separadas y perfectamente diferenciables (internamente compactas, autocentridas dentro de bordes

rotundos). De lo que se deduce que a todo individuo le correspondería una nacionalidad, y sólo una, de acuerdo con una serie de rasgos que definen su pertenencia a la nación. Como explica Mayr, quien piensa en términos tipológicos sobre la raza entiende que cada representante de una raza exhibe sus características típicas y se distingue de los representantes de otras razas por su conformidad al tipo. Pero, ¿no es esta una visión de las cosas demasiado tosca e irreal? ¿No es demasiado inverosímil, por extrema, para que muchos nacionalistas se reconozcan en ella? El hecho de que hayamos utilizado términos de la biología evolucionista, referidos a las especies, no debería llevarnos a pensar que reducimos nuestro campo de visión al nacionalismo étnico, en el sentido más estrecho y desprestigiado del término. Por el contrario, la cuestión más importante que plantea la trasposición de la distinción tipológico-poblacional concierne al uso de las mismas ideas de nación y de nacionalidad.

Porque el pensamiento tipológico se manifiesta básicamente en la concepción sustancialista u holista de la nación, que confiere entidad y existencia propia a esta clase de agregado social. Por lo general, los discursos nacionalistas hablan de la nación como algo que trasciende a los individuos, una entidad colectiva real que perdura a través de las generaciones y del tiempo, a la que en ciertos casos se llega a concebir como sujeto activo de la his-

toría, dotado de personalidad e intereses propios. Basta escuchar, por poner un ejemplo cercano, el modo en que los nacionalistas vascos hablan de Euzkaldherria, o del Pueblo Vasco con mayúsculas, como algo sustancialmente distinto al conjunto de los ciudadanos vascos, para confirmar que esta concepción hipostasiada de la nación está profundamente arraigada y es algo más que una cuestión de expresión. Algo que no debería ser motivo de sorpresa si tenemos en cuenta la influencia de la historiografía nacionalista desde el siglo XIX, centrada sobre la historia de las naciones, o si tenemos en cuenta que un sociólogo tan distinguido como Durkheim no tenía empacho en afirmar la continuidad de la identidad y la personalidad de Francia, desde la Edad Media a sus días¹⁴.

El problema es que esta concepción reificada, o tipológica, de la nación influye, más allá de los círculos nacionalistas, en muchos estudios del nacionalismo, que parecen dar por supuesto la existencia de las naciones. Brubaker ha señalado vigorosamente esta asunción tácita de la ontología social nacionalista en los planteamientos teóricos acerca de la cuestión nacional y el nacionalismo: «La mayor parte de las discusiones sobre la cuestión nacional son discusiones sobre naciones. Las naciones son entendidas como entidades reales, como comunidades, como colectividades sustanciales, permanentes. Se da por descontado que existen, aunque cómo existen - y cómo llegan a existir - es

mucho más discutible»¹⁵. Ciertamente, buena parte de estos debates se ha ocupado de la modernidad del fenómeno o de sus raíces premodernas, concediendo sin más la existencia de tales entidades colectivas. Al presumir que el mundo se divide en naciones se adquiere un fuerte compromiso ontológico que vicia inevitablemente toda discusión. Como sugiere Brubaker, habría que tener mucho cuidado con no introducir inadvertidamente las creencias nacionalistas en las teorías sobre el nacionalismo y darles de ese modo un respaldo teórico. Pues el «realismo de grupo», como lo llama este autor, colorea el discurso sobre la nación e implica una lamentable confusión de planos entre «categories of practice» y «categories of analysis». La «nación» es la categoría en torno a la cual se organiza el discurso y la acción política de los nacionalistas y, por tanto, hay que analizar el uso que los nacionalistas hacen de ella, pero eso no significa conceder su existencia¹⁶.

El pensamiento poblacional, en cambio, reorienta nuestra comprensión de la cuestión nacional en términos del individualismo metodológico y dirige nuestra atención hacia los lenguajes con los que los individuos interpretan el mundo social, sus estructuras de interacción o el marco institucional en que se desenvuelven, pero evita que sustantivemos ciertos agregados sociales y sus propiedades, o los tomemos como términos de explotación. No acaban aquí sus efectos saludables o nre-

ventivos, pues hay otro aspecto relacionado tanto o más importante. Para explicarlo me gustaría utilizar la célebre y sugerente imagen con la que Gellner describe la transición desde el mundo agrario al mundo moderno que produce la homogeneización cultural de los espacios políticos: si el primero se parecería a una pintura de Kokoschka, abigarrada y caótica, el segundo sería como un Modigliani, una superficie distribuida en diferentes manchas de color internamente homogéneas y siluetas nitidamente delimitadas¹⁷.

Si dejamos a un lado la explicación funcionalista de Gellner, sospecho que esa visión a la Modigliani, de conjuntos compactos y líneas divisorias inequívocamente trazadas, como los viejos mapas, tiene un atractivo irresistible para los nacionalistas, precisamente por su propensión a contemplar el mundo desde una perspectiva tipológica. Sin embargo, se trata de una ilusión óptica, pues difícilmente encontramos esa coloración homogénea y permanente o límites claros en las sociedades humanas existentes. Si seguimos con la metáfora pictórica, desde un punto de vista poblacionista, la realidad se parece más a un cuadro puntillista, en el que si miramos de cerca descubrimos miles de pequeños puntos de matices cromáticos variados y fluctuantes, en lugar de grandes manchas o saldos discontinuos de un color a otro.

Naturalmente si la sustitución del pensamiento tipológico por el poblacional pone en cues-

tión el modo de representar la comunidad nacional, también cambia los términos en los que debemos entender la pertenencia o la identidad nacional. Pues el efecto saludable al que antes me refería tiene que ver con el escepticismo hacia los intentos de clasificar a los individuos por medio de categorías tipológicas discretas o de definirlos en función de características típicas. Si no hay arquetipo al que deban acomodarse los individuos para ser lo que son, pues tales características no son más que el resultado de un promedio estadístico sin mayor significación, los criterios de pertenencia se difuminan y son cualquier cosa menos precisos. En otras palabras, si prestamos atención a las identidades reales de los individuos, complejas y variadas, debemos abandonar cualquier pretensión de imponerles una identidad categórica en función de su pertenencia.

El concepto de identidad categórica, introducido por Craig Calhoun, es interesante a este respecto porque permite captar las ambigüedades de la representación moderna de la nacionalidad o la etnicidad, y su dependencia del pensamiento tipológico. Calhoun establece un fuerte contraste entre el modo de representar la pertenencia en las sociedades premodernas y modernas: en las últimas se generaliza la comprensión de los grupos sociales como conjunto de personas equivalentes, en lugar de complejos entrelazados de posiciones o redes de relaciones. Esto implica muchas

cosas importantes: un sentido de pertenencia directa y simétrica, en lugar de indirecta y jerárquicamente mediada, que asociamos a la idea de nación y nacionalidad, donde la participación no es derivada a partir de la integración de unidades locales en otras de mayor escala, sino que descansa sobre el individuo.

Pero, al mismo tiempo, tiene el efecto de asignar a los individuos del grupo una identidad categórica, una serie de rasgos etnoculturales compartidos por sus miembros, y no relacional. Esto ha sido confirmado por antropólogos como Clifford Geertz cuando explica la aparición en sociedades africanas o asiáticas de «bloques étnicos generales» a escala nacional: «Una estructura étnica simple, coherente, ampliamente definida, como la que se encuentra en la mayoría de las sociedades industriales, no es un residuo no disuelto de tradicionalismo, sino una marca inequívoca de modernidad»¹⁸. Un grupo étnico nacional aparece como un conjunto limitado de individuos, cuya conexión se define en términos de semejanza o rasgos comunes más que por ciertos tipos de relaciones. Como Calhoun señala, esto abre la puerta a toda clase de prestaciones hacia la conformidad y la normalización de los individuos, para que encajen en el tipo nacional. En otras palabras, el carácter cegórico de la identidad nacional implica necesariamente la idea de que existe una forma correcta de ser miembro de la nación¹⁹. No creo que haga falta subrayar las

peligrosas consecuencias, bien conocidas por todos, que tiene alentar tal clase de expectativas sobre las identidades correctas.

3. A modo de ilustración: esencialismo y la ontología social nacionalista

No puedo asegurar que el pensamiento tipológico sea una condición necesaria de todo nacionalismo, pero sí es fácil de observar que la retórica nacionalista muestra una preocupante proclividad hacia este modo de ver las cosas. Dicha tendencia puede ser más o menos acentuada, pero está presente en los discursos nacionalistas, que suponen la existencia de la nación y adscriben una identidad categórica a los individuos en razón de su pertenencia a ella. Si bien he querido mantener alguna reserva, mi experiencia como observador de las discusiones políticas sobre la cuestión nacional en España me lleva a pensar que existe una estrecha afinidad entre el pensamiento tipológico y la ontología social que constituye el trasfondo de los discursos y políticas nacionalistas. Lo que se hace patente de múltiples maneras, aunque me contentaré con citar tres aspectos que pueden ser ilustrativos de esta afinidad de fondo.

Es indudable que detrás del discurso nacionalista, antes el español y ahora el catalán y el vasco principalmente, está presente la concepción sustancialista de la nación, como entidad colectiva que perdura a través del tiempo. Los debates suelen adoptar con fre-

cuencia un sesgo claramente ontológico, como si el asunto fundamental radicara en qué naciones hay en el Estado: si hay una nación española, coextensiva con el Estado, o si existen varias naciones dentro del Estado español, lo que implicaría entonces la legítima pretensión de éstas al autogobierno nacional o incluso a formar un Estado propio. Si en el pasado el nacionalismo español negó la realidad nacional de Cataluña o el País Vasco, hoy son los nacionalistas de estas comunidades los que niegan que España sea una nación. El hecho de que sus respectivos proyectos nacionales sean contradictorios no quita que compartan los mismos supuestos ontológicos acerca de la existencia de las naciones como entidades sustanciales que perviven a lo largo de la historia. Parece como si, una vez establecida la realidad de su nación, que el nacionalista asume como un hecho irrefutable, ya sólo se tratara de extraer las consecuencias políticas de este hecho. Por la importancia decisiva que los nacionalistas conceden a la afirmación ontológica de la nación, bien puede decirse que su discurso sobre la autodeterminación nacional esconde otro sobre la predeterminación nacional.

Ello se advierte en las declaraciones de los partidos nacionalistas que propugnan el reconocimiento de la pluralidad nacional del Estado, impulsadas a partir de la Declaración de Barcelona. Pero entienden este carácter multinacional como un cuadro de Modigliani, por seguir con la ima-

gen de Gellner, definido por la existencia dentro de un Estado territorial de dos o más comunidades internamente compactas y bien delimitadas. El contraste entre la perspectiva tipológica y la poblacionista nos recuerda, en cambio, que hay otro modo de describir la diversidad, que no consiste en subrayar las diferencias entre tipos o comunidades nacionales, sino las que existen entre los individuos. En lugar de varias naciones, tenemos ciudadanos con variados sentimientos de pertenencia e identificación. La diferencia está en que la perspectiva nacionalista reconoce y alienta el pluralismo en el marco del Estado, pero lo minimiza o lo niega en el seno de la comunidad nacional; mientras que la segunda no hace tales distinciones y aboga por el reconocimiento del pluralismo no sólo en España, sino también en Cataluña o el País Vasco, donde las identificaciones de los ciudadanos son plurales, complejas, matizadas y fluctuantes.

Esta diferencia nos conduce a la otra dimensión del pensamiento tipológico, que liga estrechamente la ontología social nacionalista a la adscripción de una identidad categórica a los miembros de la nación. En los debates sobre las lenguas se percibe esta tendencia con mucha claridad: el hecho de que una inmensa mayoría de los vascos tengan el español como lengua materna y vehículo de comunicación habitual no impide que los nacionalistas vascos proclamen el euskera como la lengua propia del país e impongan la obli-

gación de conocerlo. Algo semejante a los intentos de los nacionalistas irlandeses (como los retratados por James Joyce en sus relatos²⁰) por revivir el gaélico, designado como la verdadera lengua de Irlanda, a pesar de que la inmensa mayoría de sus habitantes, incluidos los nacionalistas, hablen inglés. Como ha señalado Conor Cruise O'Brien, es bastante sorprendente, salvo para un nacionalista, que la Constitución Irlandesa (1957) defina el irlandés como la primera lengua oficial del país, siendo el inglés el lenguaje en el que los irlandeses se comunican y desarrollan su vida (y redactaron su constitución)²¹. Son ejemplos de imposición categórica de una identidad ficticia, que establecen expectativas irreales acerca de lo que significa ser un buen vasco o un buen irlandés y sobre tales pretensiones esencialistas se justifican políticas de normalización lingüística o cultural.

Otra muestra del arraigo e influencia del pensamiento tipológico tiene que ver con las pretensiones de que los sentimientos de pertenencia e identificación de las personas reales encajen sin ambigüedades ni solapamientos en categorías discretas. En el caso del nacionalismo vasco, es bien conocido que uno de sus dogmas fundacionales, desde sus orígenes en Sabino Arana, a finales del siglo XIX consiste en la radical incompatibilidad de ser vasco y español. A pesar de que, según las encuestas, sólo una minoría de los vascos reales opta de forma exclusiva por una opción o por otra.

mientras que la gran mayoría combina ambas identidades con intensidad y matices variables, los nacionalistas vascos mantienen ese supuesto esencialista de una identidad vasca fija y excluyente. También un dirigente nacionalista catalán lamentaba hace unos años la «bigamia patriótica» de muchos de sus concludados, porque sólo se puede pertenecer a una nación y ésta requiere una identificación exclusiva²². No hay mejor prueba, viniendo de un nacionalismo moderado como el catalán, de la resistencia nacionalista a reconocer las identidades reales de los individuos, con sus matices y ambigüedades, y su pretensión de que encajen en identidades categóricas discretas, fijas y excluyentes. Una pretensión tipológica que mutila las identidades plurales y complejas de los individuos a la medida de un lecho de Procrusto nacionalista.

Si alguna moraleja me gustaría sacar del anterior análisis es la conveniencia de zafarse de la visión tipológica del mundo social, a la que tan proclives son los nacionalistas. Eso significa cambiar nuestra forma de pensar sobre nacionalismos, naciones e identidades nacionales; y, de forma especial, las relaciones que establecemos entre el nacionalismo, por un lado, y la nación o la nacionalidad, por otro. De acuerdo con la sugerencia de Gellner, habría que invertir la perspectiva habitual en las discusiones sobre el nacionalismo: en lugar de entender éste por referencia a la nación o la identidad nacional, deberíamos entender

que son los nacionalistas los que crean o inventan las naciones y las identidades nacionales.

En conclusión, parece altamente recomendable abandonar la concepción hipostasiada de la nación y su correlato, la definición esencialista de la identidad nacional. Pero esta recomendación debería ser seguida ante todo en la comprensión teórica del nacionalismo o en las discusiones normativas sobre la cuestión nacional. Sencillo, el estudio del nacionalismo no tiene que suscribir

la ontología social nacionalista, para la que el mundo se divide en naciones y la pertenencia a una nación define quiénes somos. Por decirlo con palabras de Brubaker, deberíamos discutir sobre esta cuestión sin asumir la reificación de naciones e identidades, dejando la creencia en la realidad de la nación o en una identidad nacional categórica a los nacionalistas²³.

NOTAS

1. C. Geertz, «The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics in the New States», in *The Interpretation of Cultures*, New York: Basic Books, 1973, p. 257 (hay traducción española en Gedisa, Barcelona, 1987).

2. C. A. Kupchan, "Introduction: Nationalism Resurgent", in C. Kupchan (ed.), *Nationalism and Nationalities in the New Europe*, Ithaca: Cornell University Press, 1995, pp. 5-6.

3. E. E. Eliner, *Nations and Nationalism*, Oxford: Blackwell, 1983, p. 1. Trad. española en Madrid: Alianza, 1988.

4. M. Hroch, «From National Movement to the Fully-formed Nation», *New Left Review* 198 (March/April 1993), pp. 6-7.

5. R. Brubaker, *Nationalism Reframed. Nationhood and the National Question in the New Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

6. *Ibid.*, p. 79.

7. M. Walzer, «The Civil Society Argument», in R. Beiner, ed., *Theorizing Citizenship*, Albany: State University of New York Press, 1995, p. 154.

8. M. Ignatieff, *Blood and Belonging. Journeys into the New Nationalism*, London: Vintage, 1994, p. 3.

9. D. Miller, *On Nationality*, Oxford: Oxford University Press, 1995, pp. 10-11.

10. J. Berlin, «Herder and the Enlightenment», in *The Proper Study of Mankind*, eds. H. Hardy and R. Hausheer, London: Pimlico, 1998, p. 367.

11. E. Mayr, «Typological versus Population Thinking» (1959), en E. SOBER, ed., *Conceptual Issues in Evolutionary Biology*, Cambridge, Mass.: The MIT Press, 1984, 14-17; del mismo autor, *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*, Barcelona: Crítica, 1992. Atrajo mi atención sobre esta distinción el artículo, tan entretenido como todos los suyos, de Juan Antonio Rivera, «Contingencia y narratividad. 2. Mecanismos de autorrefuerzo», *Claves de Razón Práctica*, 84 (1998), pp. 37-45, recogido posteriormente en su libro *El gobierno de la fortuna*, Crítica, Barcelona, 2000.

12. E. Mayr, *Así es la biología*, Madrid: debate, 1988, p. 248.

13. E. Kedourie, *Nationalism*, New York: Praeger, 1960, p. 9.

14. E. Durkheim, *Educación moral*, Paris: Presses Universitaires de France, 1992, p. 53; «Entre la France d'aujourd'hui et la France d'autrefois, il y a des différences, sans doute, mais ce sont, pour ainsi dire, des différences d'âge... Et, pourtant, entre la France actuelle et celle du Moyen Âge, il y a une identité personnelle que nul ne peut songer à méconnaître».

15. R. Brubaker, *Nationalism Reframed*, p. 13.

16. *Ibid.*, p. 15.

17. E. Gellner, *Nations and Nationalism*, pp. 139-140.

18. C. Geertz, *The Interpretation of Cultures*, p. 308.

19. C. Calhoun, «Nationalism and Ethnicity», *Annual Review of Sociology* 19 (1993), pp. 230-231.

20. J. Joyce, «Los muertos», en *Dublinenses*, Madrid, Alianza, 1979.

21. C. O'Brien, *Ancestral Voices. Religion and Nationalism in Ireland*, Chicago: University of Chicago Press, 1994, pp. 85-87. Trad. española en Madrid, España, 1999.

22. J. Triadó i Vila-Abadal, «Catalunya, nació plural», *El País*, 26 de octubre de 1996, p. 22.

23. R. Brubaker, *Nationalism Reframed*, p. 18.